

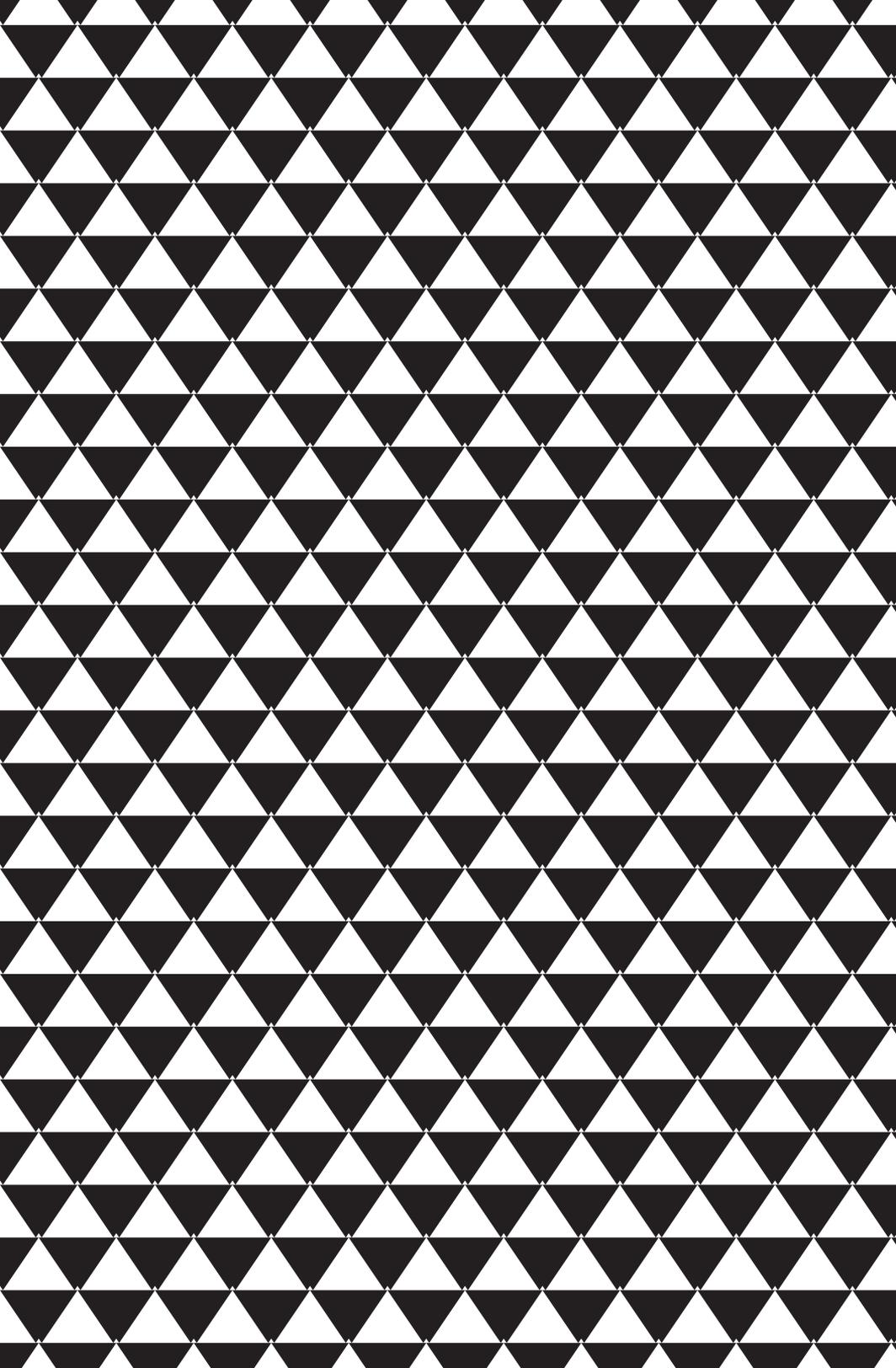
PREMIO

DOLORES
CASTRO
2023

POESÍA, NARRATIVA,
ENSAYO, DRAMATURGIA
E ILUSTRACIÓN CREADA
POR MUJERES

Pandilla punk
Elizabeth Gori





Este libro fue liberado el 21 de marzo de 2025. Queremos seguir su itinerario. Ayúdanos diciéndonos dónde está ahora.

Cuando llegue el próximo Día mundial de la poesía haremos un mapa de los sitios que ha visitado esta **Pandilla punk**.

AYÚDANOS



PREMIO
**DOLORES
CASTRO**
2023

POESÍA, NARRATIVA,
ENSAYO, DRAMATURGIA
E ILUSTRACIÓN CREADA
POR MUJERES

Primer Lugar Poesía
Pandilla punk
Elizabeth Gori

Primer Lugar Narrativa
Sureña
Vanessa Hernández Hernández

Primer Lugar Ensayo
Resplandor de una nube con memoria
Alma Karla Sandoval Arizabalo
•
Mudar la lengua
(Breves ensayos sobre un lenguaje en migración)
Mariana Brito Olvera
Mención honorífica

Primer Lugar Dramaturgia
Una Elegía para Edward James
Mariana Hartasánchez Frenk

•
Pareidolia
Manya Loria
Mención honorífica

Primer Lugar Ilustración
Celeste Jaime
•
Carla Ibarra
Mención honorífica

PREMIO DOLORES CASTRO 2023

Poesía, Narrativa, Ensayo, Dramaturgia
e Ilustración creada por Mujeres

Primer Lugar Poesía

Pandilla punk

Elizabeth Gori

Primera edición 2023

© Elizabeth Gori

© Celeste Jaime

© Instituto Municipal Aguascalentense para la Cultura

Antonio Acevedo Número 131, Zona Centro
Código Postal 20000, Aguascalientes, Ags.

ISBN 978-607-8649-38-9 Volumen Poesía

ISBN Obra Completa 978-607-8649-37-2

Ilustración de portada: Celeste Jaime

Impreso en México / Printed in Mexico

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier medio, sin previa autorización de los editores.

Leonardo Montañez Castro
Presidente Municipal del H. Ayuntamiento
Constitucional del Municipio de Aguascalientes

Marisol Barrón Betancourt
Regidora Presidenta de la Comisión Permanente
de Cultura del H. Ayuntamiento Constitucional de
Aguascalientes

Octavio Alberto Ozuna
Director General del Instituto Municipal
Aguascalentense para la Cultura

Abraham Velasco Jiménez
Coordinador de Promoción y Difusión Cultural
del IMAC

Rocío Castro Fernández
Jefa del Departamento de Ediciones y Fomento
a la Lectura del IMAC

Wilfrido Isamí Salazar Rule
Diseño editorial

Ma. de la Luz Ortiz Macías
Leticia de Luna Noriega
Equipo editorial

El Jurado de Poesía estuvo integrado por
Georgina Lizette Cisneros Navarrete
Mariana Alejandra Rergis Nieves
Arlette Luévano Díaz



Pandilla punk
Elizabeth Gori

PRIMER LUGAR
P O E S Í A

*Para mi amor y mi pandilla,
especialmente a Charlotte
por el tiempo que fuimos juntos.*

*También existe otro arte, el de encontrarse a gusto
estando rodeado de lo desconocido,
sin que esto provoque pánico o sufrimiento,
el arte de encontrarse a gusto estando perdido.*

Rebeca Solnit. *Una guía sobre el arte de perderse.*

Índice

Cuarto creciente: Invención de una pandilla	
Gorand Zaszvom	17
Sally	19
Rusalka	20
Tamy	21
Luvina	22
Charlotte	23
Rienzi	24
Plenilunio: Estabas aquí, Charlotte	
Charlotte mandarina	27
Nuestro refugio	29
Las cosas que hicimos	31
Paraíso	33
Cuarto menguante: Nuestras batallas	
Los oponentes	37
Buscamos un nuevo refugio	41
Olas	42
Lo que el fuego dejó	43
Buscar venganza	45
Estábamos tan dispersos	47
El enfrentamiento	50
La huida	53
Sin Charlotte, pero con Sally. Sin	
Charlotte, pero con Tamy	55
Charlas	57
El regreso	58

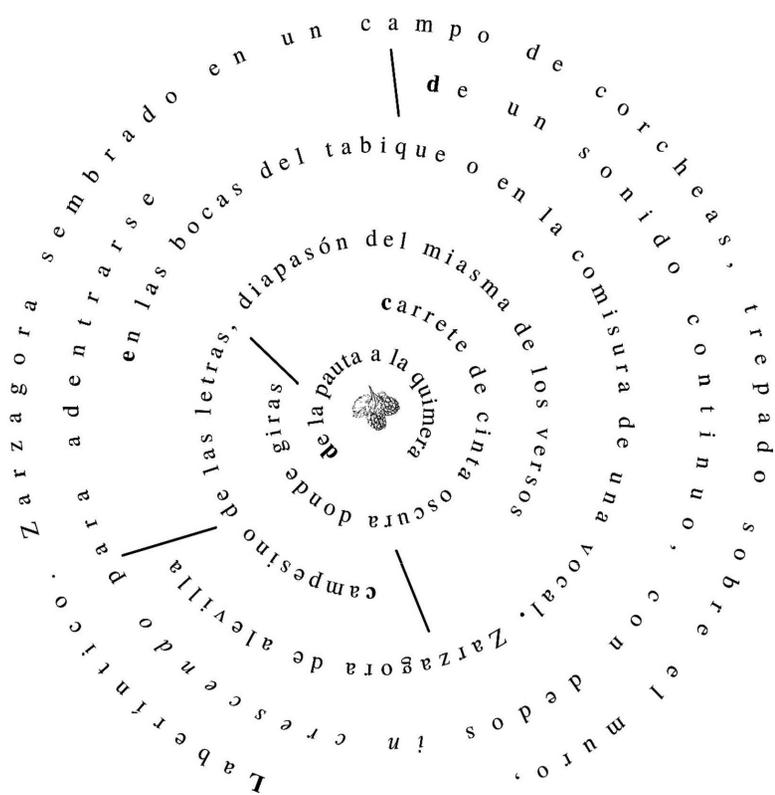
Novilunio: Un nuevo mundo monocromático	
Felicidad	63
Un mundo monocromático	65
Yo en tu historia	69
Dejamos	70

Cuarto creciente: Invención de una pandilla

Gorand Zasvom

Pienso en el pasado como en la dársena del viernes once en que nos conocimos. En la inaudita fronda de este caos donde permanece la sonrisa. Extrañeza en los acordes del fuego. Del humo de un alcohol instantáneo. De orquesta periférica en el azimut sobre el que nos tomamos de las manos. Incansables. A contratiempo. Juntos. Juntos en la orilla del murmullo. De la anacrusa que arrastra a la noche. De la médula de tu prosa umbría.

En cada zona que marcan las notas te pienso y me quedo en tu laberinto...



Sally

Sally. Episodio singular y robusto. Bruma que abreva otoños primitivos del violeta en el ojo nublado.

Sally fue niebla constante. De su maternidad sólo conservó los abrazos vacíos. Intentaron lapidarla por estar sola. Por estar embarazada. Porque no hay piedad en los muros de esta ciudad errónea. Lluvia. Injurias. Salvajería. Mi madre la encontró. La trajo a casa. Llegó conmigo a adoptarme. Como una hermana que abriga. Amiga que escucha con el ímpetu de fronda.

Sally. Cimiento que soportó nuestra pandilla: huéspedes incesantes de su cariño lacónico. Habitantes de su abismo.

Rusalka

Rusalka nació en la cárcel. Los primeros nueve meses de vida no jugó. No vio más allá del lamento en el catálogo de una condena. En uno de los traslados (propios de las instituciones totales), Rusalka se quedó sola y así estuvo hasta encontrarnos.

Sally decía que Rusalka era su hermana (a pesar de ser distintas). Rusalka prefería estar afuera. Pensativa. Hablaba con los astros. Decía que la luna era más grande en lugares donde ella nunca estuvo. Más allá de preguntas titilantes. Presa de su ojo noctívago. Permanecía estática. Al centro de cualquier habitación. Rumiaba visitante de mundos donde ella había muerto o no existió.

Rusalka decía que Sally era su hermana (y sí que eran semejantes). Ambas de turbador abrazo. Cabello alborotado. Voz fermentada en viejas certezas.

Tamy

La madre de Tamy probó la calle. Vistió la calle. Consumió la calle. Debajo de puentes y árboles trazó un atlas de kilométrica melancolía, con la esferográfica de sus piernas desnudas. La madre de Tamy se embarazó en callejones húmedos de amores fugaces. De amantes con números por nombres. Imaginaba el llanto de su hija en una vida sin puertas. Lloraba horas como grutas. Sentada en el hormigón. Y sobre el catre del albergue en que dio a luz a una niña negra y testaruda.

La madre de Tamy volvió a las calles. Sin la pequeña oscura y combativa. En el vaho de la ventana, la olvidó por primera vez. Y cada hora de todos los días.

Tamy conoció a Rusalka en el bulevar. Jugaron el bulevar. Sonrieron el bulevar. A la luz de semáforos y coches hicieron de las sombras monigotes con los gises de sus pies descalzos. Tamy vino a la pandilla sin tres dedos y sin lágrimas. Fue la tercera en llegar. La segunda al mando. Inmersa en la consigna de reñir. Pelear hasta apagar el aliento. Pensaba la anarquía como flores. Como dudas listas para la detonación precisa.

Luvina

Luvina. La embestida de cien metrónomos que saturaban aurora y rocío. Rocío de hematomas sobre el instante aquel en que la atropellaron. Rocío de hormigas que reptó su brazo roto. Rocío de luces indiferentes en una autopista hacinada, de conductores en fuga, mientras ella recogía pábulo para sus niños. Rocío de fina arena al momento de encontrarla. Vociferaba. Trataba de hacernos retroceder. Rocío de lágrimas sobre la camilla del hospital. Ambicionaba volver. Buscar a sus hijos. Eran pequeños. Eran rincones desolados. Eran bosques de quimeras sin habla. Y ella erça tan joven. Cansada. Delgada. Fuerte.

Volvió por sus hijos. Encontró la ausencia. En la madrugada despertaba con un llanto. Con un ir y recorrer habitaciones de una casa donde ellos nunca estuvieron. Fracturada. Llena de clavos y férulas. Anduvo caminos. Rostros. Esquinas atestadas de mensajes. De verdades vestidas de locura. No encontró a nadie. Pero, a nuestro lado, reconoció una vida.

En el día uno Luvina adoptó elefantes y, como Paviç predijo sobre los seres de su especie, plantó tantas zarzamoras. Templos sobre calles humanas. Frutos bicolores inundaron de punta a punta. Blancos latidos agitadores. Inaudibles para hombres y mujeres. Por fortuna, teníamos sentidos caninos. La mirábamos. Piel blanca. Parche de ángel caído justo sobre el ojo izquierdo.

Charlotte

Charlotte. El día en que la conocimos el asfalto recibía sin tregua un paso firme de cuadrilla. Trash. Trash. Trash. Ejecución sin titubeo. Sally. Rusalka. Luvina. Tamy. Gorand y yo. La pandilla avanzaba. Sin vacilar. Estaba sentada en la acera. Tan distinta a la gente del barrio. Nos miraba. Sus ojos eran arrecife del que desbordó el otoño.

Tamy reaccionó. (Nunca se llevaron bien). Desde entonces, entre ellas, siempre hiel. Aluvión. Desgano. Tamy se lanzó. Para jugar o asustarla. (Nunca supimos con certeza). Vimos en su rostro el espanto. Esa postura temible de *black panther* que le gustaba a Tamy pretender. Salió corriendo para salvarse. Sonrió. Sonrió y latimos. Latimos una vez. En la segunda la hallamos. Estaba escondida en el vagón para escurrirse en la profundidad de nuestra madriguera.

Llegó desde otra parte, de un sistema solar que giraba de forma anómala. Peleó su lugar de líder. Cedimos.

Rienzi

Rienzi, “la chica del millón de dólares”. Niña sin llanto ni lamentos. Nos siguió siempre desde la orfandad hasta el borde.

Chica de armadura inalterable. Tan cercana. Tan química. Tan cálido refugio. Rienzi de un amor impávido. Aleatorio collage de alto voltaje. De cabello negro y blanco. Tan real. Tan paciente. Tan viva. Creció a nuestro modo. Entre paredes pintas. Juegos de pelota. Pervivió. Resistió. Para luchar. Luchar. Luchar.

Sin memoria que acortara su tiempo. Pero si con una boca redonda de un negro terciopelo tan celeste. Luciérnaga hipnotizada por la geografía en la línea original de sus venas. Embebida en la ternura. Derramada en nuestro cauce.

Plenilunio: Estabas aquí, Charlotte

Charlotte mandarina

Charlotte mandarina,
Charlotte minotauro,
majestuosa Charlotte,
Minoranja en el laberinto esférico,
Charlie Brown,
brillo del mundo...
mil nombres para acercarse
a ti,
de nuevo,
sin tomar ninguno.
Incluso en la hora
en que las letras se empalman,
cambian de lugar.
Clap, clap por todas partes.
imposible devolverles el orden,
reescribo,
borro,
reescribo,
borro,
reescribo,

reescribo hasta recordar
 tu formación de astro,
 tu desfile de besos,
 trozos dulces,
 trozos fríos,
 trozos dientes.

Letras formadas
 —muy a su pesar—:
 niñas en fila
 para entrar a la hoja en blanco.
 Un-dos
 Un-dos
 Un-dos
 marchan hasta el día
 en que nos conocimos.

Nuestro refugio

Charlotte,
 con tu llegada,
 dejamos la madriguera
 para desplazarnos a un nuevo mundo,
 donde construimos,
 con arcilla y aliento,
 una solidez que no conocíamos:
 distopía en las paredes pintadas
 en nuestro refugio:
 criaturas de tiza,
 aerosol,
 vísceras de un estencil de cartón
 (desecho de un empaque de cerveza),
 trepaban las paredes
 salpicadas del caos en polvo húmedo
 y piernas como tabiques
 abriéndose paso entre los colores;
 criaturas gráciles pero constantes,
 como vainilla degustada en lecturas de salmos.

Figuras irremediables en punta
construidas con cientos de líneas.

Oraciones de un jardín de tinta,
fresco,
tiránico,
guiado desde los pinceles de Gorand.
Flores dentro y fuera:
rezos en los callejones
y en la sala de espera de la estación Morelos
—declaraciones de una soledad
a la espera de tranvías—,
en los pasillos tomados por habitaciones,
en los contenedores de basura
acicalados por pepenadores
—ocupados en devolver la basura a la calle—,
incluso en el suelo donde encontraba mensajes
de otro tiempo y de otra forma.

Las cosas que hicimos

En el crepúsculo
despeñábamos hacia los bares
como un cerbero de siete cabezas
y su hermano el unicornio.
Trigo, lúpulo y cebada
en el caudal de un escollo
para morder la semilla del verso,
una historia negra,
un lector español,
la milicia en nuestra boca
que estallaba como un fusilamiento.

Hélices de neón decoloraban el camino de la tropa
empapaban nuestros cabellos
con los siglos que nunca atravesamos
(y me anegaba el recuerdo de mi nacimiento:
un accidente tan absurdo, sin duda).

La madrugada fue la hora favorita
para deambular bajo la luz ondeante

del alumbrado público
para deslizarnos sobre el último suspiro.

Usábamos arneses y uniformes
para explorar nuestro universo.
Nos acercábamos a las casas con jardines,
ahí, Charlotte se escurría
por debajo de las rejas
para sacar pelotitas,
nostalgias de algún infante,
y lanzar sin rumbo la gorda presa:
 glóbulo de un triunfo inefable.

En el humo de las cervecerías
saboreábamos la plegaria de un cansancio atroz
y las luces que embestían
como cirios en el atrio de la noche,
el confesionario de una fábrica,
la súplica insondable de un cañón,
el patíbulo de laboratorios científicos
 —galanteo incesante de la muerte—
o la soledad de un aeroplano sin ruta.

Paraíso

El refugio floreció:
rasgamos el capullo de la angustia
para defender nuestro paraíso.

En esa casona rodeada con espinas,
con los ojos abiertos
en las ventanas,
 en los cancelos,
 desde los árboles,
entrenábamos a diario,
en la consigna de ser
contra los otros.

Charlotte,
tú a la cabeza
con Rienzi a tu lado,
contra todos.

Rienzi,
para ella nada igualaba el sabor

de una tarde de juego con pelota
o una gesta a mano limpia en el separo,
ni una rama seca en el sendero
que servía como esgrima
de batallas repentinas,
ni la zarzamora apostada en grises
escondida en el claroscuro de sus huellas.

Sobre la voluntad vasta del eco
gruñía y rechinaba.
En una traviesa espiral dormía
con la tranquilidad de quien se sabe invencible
porque duerme junto al astro coral de orión.

En sus orejas tardías
se cultivaba un tiempo deshebrado
y se polinizaban los cometas.
La querías tanto:
tu hermana,
 tu niña,
 tu camarada.

Cuarto menguante: nuestras batallas

Los oponentes

Casi de inmediato,
perdimos nuestro refugio.
Lo incendiaron los amantes de Sand,
 (se autonombraban así).
Las provocaciones valquíricas
 (tuyas y de Rienzi),
rindieron frutos
pero germinaron podridos.

El fuego se propagó
desde las ventanas rotas:
molotov de furia líquida
que ingresó para extinguir
aquello que edificamos,
y esto es un olor de eco que roe:

Abre la ventana.
Abre el humo.
Grita auxilio.

Fuego y hombres lobo.
 Baja la escalera.
 Esquiva las llamas.
 Cuida la cabeza.
 Cubre tu boca con un corazón húmedo.
 Patéalo todo a tu paso.
 El mercurio de un sueño chorrea
 por las rendijas de tus ojos despiertos.
 Levántate.
 Llena tus manos del hollín de aquello que amaste.
 Llena tu rostro de piélagos.
 De piélagos.
 Corre cabrón.
 Corre.
 No pienses en detenerte.
 No te detengas.
 No.
 Rostro de piélagos.
 Recibe el viento con artefactos de estrellas.
 Trágate todo.
 Quiero volver.
 Mis camaradas están dentro.

Iré por ellas
 sin mirar mi rostro,
 sin reconocerlo.
 Grita.
 Llama a los bomberos.
 Salgamos rápido.
 Los amantes de Sand iniciaron el fuego.
 Los provocamos e incendiaron todo.
 Ahora intentamos salir.
 Retoños de sol.
 Retoños de orión.
 Colosos de llamas en un mundo que se pudre,
 ¿seguimos?
 ¿somos ceniza?
 Canes quiméricos.
 Canes.
 Antiguas salamandras.
 Gigantes cinéticos.
 Trasgos cinéticos en un jardín de otoños.
 Plagas en la megalópolis de calles turísticas
 donde no saben que existimos,
 hasta que alguien lo quema todo.

Hasta que falta alguien.
Nos levantamos
y nos largamos.
Nos largamos.
Y empezamos de nuevo.

Buscamos un nuevo refugio

Y sin nada más que aliento
nos tiramos a la calle.
Desproporcionadamente,
te seguimos sin descanso,
con los pies sobre el rizoma
del augurio de la muerte,
éxodo de los colores,
incluido el naranja.

Olas¹

Nos arrastraron como las olas
-Para descubrir que nuestro día-



Iniciaba en lo alto
con el tono amarillo
de una bombilla led



Y nuestra arena
fue la ceniza
de cigarros consumidos



Como una sentencia
estuvimos en el borde
en un vaivén de humo



Parecieron años
Alrededor de esas mesas viendo
llover hombres y mujeres



Mordimos
auroras eléctricas
ventiscas labrantías de besos
lunas y espejos rotatorios



Porciones de invierno
y archivamos en alcohol
recuerdos de nieve, parques, cielos,
nieblas, estrellas y autos que cruzaron avenidas

¹ Las ilustraciones tienen la misma autoría que el texto.

Lo que el fuego dejó

El fuego dejó heridas de luz última.
En Rienzi: brazos, piernas, pecho.
Rusalka falleció en el atentado,
mudó a un huesito de ceniza albina,
árbol que se estrelló como la noche
contra nubes con retoños de invierno.

Recordamos su partida
como el estruendo eclipsado
de una robótica voz
venida desde el artilugio insensato
que la llevó a perderse a cuatro patas
en malezas de un dolor colosal,
silenciosa como bruma,
como el asfalto de un camino
para hallar el petricor
de su melena aria.

Seguimos incansables el sendero
—con la brújula de su lengua azul—

setenta y cuatro kilómetros de exequias
y seguimos a su lado,
detrás de los barrotes,
en la zona a la que nunca
llegamos a tiempo para abrazar
cada una de sus hojas de sal y pimienta.

Buscar venganza

Motor: el cuerpo de Rusalka.
Mapa: las cicatrices de Rienzi.
Balanza: tu dolor, Charlotte.
Teníamos que vengarnos,
—dijiste—
y te seguimos,
giramos al borde de tus gestos:
órbita de clivias y canarios
donde tu corazón en vigilia
se lanzaban en vuelo onírico
entre brisa de azafrán y espejos.

Nos contenías como planetas
de núcleo ventoso,
de trajes anaranjados
y recuperación titánica
sobre el bucle
de las formaciones estelares.

Labradora,

pintabas como octópodo un maullido
 con hebras de mariposa faraónica,
 en el aserrín de la cítrica oración
 implícita en el prodigio
 de tu rostro,
 de tu cabello naranja,
 tu andar nervioso,
 tu inclinación por el campo,
 Mozart,
 pelear
 y saber,
 por el pan de zanahoria,
 y las caminatas largas
 y jugar
 y cuidar,
 y jugar.

Bailabas con música de Mozart
 pues lo creías el primer rebelde,
 anárquico en cada nota
 brincabas con la sinfonía veinticinco
 (decías que era idéntica al día que naciste

aunque de ello no sabíamos nada)
 y gozabas de la presencia insólita
 del comendador

(aterradora, como tú).
 Y venciste una enfermedad mortal
 con apenas un movimiento involuntario.

Desde el día en que subiste a navegar nuestra vida
 fue para darnos el itinerario
 hacia otros circundantes planetas
 a cultivos de autómatas
 monstruos y demonios...
 mundos que nadie vio:

subterráneos
 clandestinos
 palabrinos
 infernales
 contestatarios de la decadencia
 y el esplendor.

El enfrentamiento

La batalla siempre es huérfana.

Sin amo.

Sin hogar.

Pero sí con herederos,

cuidados paliativos

y fraternidad,

(a tu lado),

a la espera de una señal

para iniciar la avalancha

contra la formación que se aproxima.

La batalla nunca respira sola,

es yermo de ocho a la luz de la luna,

dedo índice clavado sobre el puño cerrado,

artefacto que gruñe en tus arterias

y tu cabellera en contra del viento

frente a todos nosotros:

sombrero negro de cinta albaricoque,

abrigo permanente hasta el calcañar,

cinto melocotón

con estoperoles alineados

como dedos de fuego,

choker rojo con placa metálica,

corazón que arde

en el que habremos de permanecer en suspenso

con las manos desnudas,

para reventar cuerpos como barómetros,

ignorar voltímetros como metrónomos:

tick,

tick,

tick,

nada

nada

nada más que la forma larga del silencio.

La batalla es astronómica

un embate planetario

de nostalgia derramada.

Donde el artefacto de medida

es la mirada y los gestos

sueltos sobre el pavimento.

Tu pandilla,

detrás de ti,
con lo mínimo para la cruzada:
máscara de guerra al óleo sobre rostros huecos,
trazos humanos sobre alquitrán y madera,
instalación de gritos tejidos
desde los balcones colindantes.

La huida

Orfandad,
tótem de palabras aladas,
tan foráneo,
tan insostenible,
ídolo que apuesta por ceniza,
creación de vestigios
para montar escenas de crimen,
y ante sus ruinas
nadie volvería a enfrentarnos.

Para cuando terminamos
teníamos un muro
a nuestro alrededor:
policías aleatorios
persecución en curso.

Elegimos una vía,
tomamos una ruta,
bajamos la escalinata (a toda prisa)
un paso más grande que el anterior (aunque duela)

con párpados de amnesia,
 farfulló ventiscas,
 y apuró el silbido de tu presencia
 para despertar cada mañana.

Charlas

Merodeamos a pie las horas
 para repensar los días
 en los trenes,
 en los bares,
 en los huesos
 en los bolsillos,
 en las charlas:

—*¿Ves con que habilidad hechiza el tiempo?*
 —*Que proteico luir con los pies descalzos...*
 —*Con que indiferencia*
 —*sobre la hojarasca de cada noche*
 —*Como luz de tormentas*
 —*Ubicuo pájaro en el nido de la melancolía*
 —*como el ortodoxo paso de la arena*
 —*Obsceno recuento de líneas y retornos*
 —*sobre la carretera de los vientos*
 —*donde se filtran las falanges de la luna*
 —*sembrados de polen e insomnio.*

El regreso de Charlotte

El proceso fue largo,
pero no te inculparon.
Año y medio después.

Nos buscaste

sin descanso.

Días,

horas,

minutos,

callejones,

telarañas de hormigón,

tejidos de lluvia.

Inhalaste cada segundo
para dar con la pandilla.

En el camino diste
con una nueva morada.

Te seguimos,
en el éxtasis de encontrarnos:

al fin,

aullábamos al unísono.

Novilunio: nuevo mundo monocromático

La felicidad

Habías vuelto.

Charlotte:

bestia relámpago que ruga para amanecer el rojo,
electricidad en modo lobuno,
voltios de los que florecen mandarinas.

Eras inofensiva

hasta que algo rompía tu calma,
entonces brincabas,

corrías,

gritabas toda la casa,

llevándote a tu paso muebles,

trastos,

relojes:

tic-tac

tic-tac-sen-ti-dos,

tic-tac-sen-ta-dos,

tic-tac-sen-ten-cia.

Sen-tencia.

Sentencia.

Sentencia de vivir con la hernia del miedo
 sentados en el regazo del fin del mundo,
 para sentir en las manos el agua en rebanadas,
 para subir escaleras y degollar al enemigo:
 cuidabas de los tuyos,
 cuidabas de tus compañeros bajo tierra,
 en las madrigueras,
 en el patio del sol,
 en la morada de los moribundos
 en la cárcel
 y en el paraíso.

Porque bastaba sumergirse en la locura
 para atravesar la luna venosa,
 bastaba comprobar la nula bondad de un dios
 que faltó el día en que formamos la pandilla
 en la que fuimos felices
 y creíamos ganarle al mundo.

Un mundo monocromático

Y sin un dios,
 en un mundo
 plagado de pesadillas
 un día de nubes viejas,
 roto
 desolado
 ¡sin sentido!
 te ahogaste con una pelotita.

Todo quedó suspendido
 en blanco y negro:
 árboles negros,
 ceniza blanca,
 culpa negra,
 cabello blanco.

Te ahogaste
 y se perdió un trozo de todo:

costillas,
brazos,
compasión.

Da lo mismo:

blanco,
negro
y la soledad del universo
[ausente de ternura:
atrapado en el paso maquinal,
obeso y sibilino.

Marchito el sol,
el celeste vacío entre las nubes,
los latidos,
el aliento,
las sillas.

Junto a cuervos y elefantes
fuimos aniquilados.

Recordamos hundidos
en la brea de las horas
la tierra despierta en tus carreras incansables,
espontáneas cruzadas de almohadas rotas,
juguetes restaurados,
puertas abiertas,
pan de mantequilla,
numerosas formas de brincar
[y sonreír.
No respiraste.

Un silencio negruzco
se tragó cada partícula
de este mundo contrahecho.

Quedamos en la urdimbre de retazos,
hebras,
en medio de un tráfico fútil:
improcedentes.

Charlotte.

Nos dejaste noctívagos, estupefactos, canos,

trémulos cuerpos hundidos en Valium.

Con lenguas descompuestas:

huecas.

Yo en tu historia

(—Me siento en el sillón, desde el que mirabas el jardín.

Quiero volver a casa.

Esta casa.

Pero contigo.

La vacuidad que soy en esta casa.

Verter en ella las estrofas que amabas.

Y, en un intento más, abandonar mi nulidad.

Un minuto antes para volver a casa.

Una vez más.

Contigo).

Dejamos

Dejamos tu cadáver en el jardín,
sabemos que aullará una disertación con el viento
acerca de lo que fuimos
y nuestros desiertos.
Hablará en idiomas de pulpa verdosa
y en sus brotes blancos nos recordará
los astros en tu lengua,
la inclinación de tu sonrisa
y del frío que escarcha nuestras venas:
formas en que gruñe la vida,
nos ahuyenta de su vientre
y desteta con la ira propia de un dios rabioso,
nos deja de manos rotas
para quemarlo todo.
Bum, bum, bum,
detona todavía
todo
toda

todavía en mi estómago
esta hiel de la que pendo
para abrir los ojos.

Crecerá su tronco
para enseñarnos
que nuestro cuerpo fracturado
también abreva de los frutos de un amor
que no supimos reanimar.

Florecerás.
Sin duda.
En un mundo sin péndulos,
sin latidos
sin estrellas,
pletórico de polen y ladridos.

Elizabeth Gori



Carolina Mora Huerta (Aguascalientes, 1981) Poeta, narradora, ensayista. Cursó estudios de Lengua y literatura en la ciudad de Puebla y el Doctorado en Estudios Socioculturales en Aguascalientes. Ha publicado poesía en las antologías *8M* (2021) y *Mujeres de pandemia* (2023), y relato en *Los herederos del parnaso* (2022), así como en diversas revistas literarias.

Forma parte del proyecto cultural Wuff y es editora de la revista *Imagisaurio*. En 2023 ganó el premio de poesía Dolores Castro.

